

**ANTES Y DESPUÉS DEL GOLPE MILITAR DE
1930: LOS INTELLECTUALES CATÓLICOS DE
DERECHA Y LA “IRREMEDIABLE” PRESENCIA
POLÍTICA DEL PUEBLO***

OLGA ECHEVERRÍA
IEHS - UNICEN/CONICET

INTRODUCCIÓN

Sobre las décadas finales del siglo XIX se produjeron en la Argentina una serie de cambios trascendentes que fueron acompañados por un proceso de reforma intenso y una dinámica política compleja. El liberalismo resultante de las elites criollas fue, posiblemente, más conservador que algunas de las versiones europeas y conjugaba en su doctrina y en su práctica la defensa de las libertades individuales con la construcción del Estado nacional¹. Todo parece indicar que se constituyó un Estado liberal fuerte en el plano discursivo, pero débil desde el punto de vista de las prácticas institucionales², lo cual resultaba en un Estado con muchos rasgos conservadores, más de lo que sus propios promotores estaban dispuestos a asumir.

Pero, el proceso de modernización no sólo se reflejó en el plano político-institucional, sino también, y muy notoriamente, en la sociedad. Muchas de esas transformaciones eran resultado, más o menos directas, de la integración de la Argentina a las reglas y dinámica del mundo capitalista. Para hacer efectiva dicha

* Este artículo forma parte de un proyecto mayor dedicado a indagar a los intelectuales que conformaron a la derecha autoritaria de las primeras décadas del siglo XX.

- 1 J. SURIANO: “Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en la Argentina” en J. SURIANO: *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000, 272 p.
- 2 J. MYERS: “Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina”, en *Punto de Vista* 63, 1999, pg. 43-48

inclusión, se hizo un ordenamiento amplio que implicó tanto una política de tierras y fronteras como un marco jurídico capaz de contener los nuevos requerimientos del modelo que se buscaba implementar.

La inmigración masiva y el progreso económico remodelaron profundamente la sociedad argentina. Ante esa Argentina transformada, fisonómica y profundamente, las elites cerraron su experiencia sobre si mismas y comenzaron a imaginar, progresivamente, una identidad argentina auténtica opuesta a la identidad heterogénea resultante del proceso de hibridación. Así, ellos se convirtieron en los “decentes”, los “notables”, los “honorables y educados” que provenían de familias distinguidas y cultas, aunque no necesariamente dineradas. La política se constituyó entonces en una reafirmación de esa condición tanto como un medio para alcanzarla. Ahora bien, los sectores dominantes estaban muy lejos de ser un grupo homogéneo y las tensiones, contradicciones y conflictos no tardaron en aparecer y el enfrentamiento entre sectores tradicionales y otros más modernos alcanzaron una indiscutible evidencia.

Sin embargo, y a pesar de esa heterogeneidad, las elites se aglutinaban ante la alarmante dinámica que iba adquiriendo la sociedad. Así, a medida que iba perfilándose la dimensión que adquiriría la llamada “cuestión social” comenzaron a aparecer las soluciones que se pensaban desde el poder y que no pocas veces eran compartidas por distintos sectores que en otras cuestiones presentaban notables diferencias.

Este agitado período finisecular fue un tiempo complejo para los sectores católicos, pues el Estado liberal era aun sinónimo de progreso indefinido, pero a la vez comenzaban a ser muy evidentes el surgimiento de realidades sociales no deseadas. De tal modo, y en tanto que la ilusión liberal iba mostrando sus primeras grietas, los católicos pudieron comenzar a desarrollar una política ofensiva articulada en las críticas al funcionamiento del sistema y sus consecuencias. El avance de los idearios de izquierda fue una punta de lanza que les sirvió para hacerse públicos y lograr captar la atención de algunos sectores sociales acomodados no necesariamente muy cercanos a ellos hasta ese momento.

En ese contexto, los católicos habían recibido en 1891 la Encíclica “*Rerum Novarum*, sobre la «condición» de los obreros” del Papa León XIII³ y con ella un llamado a la acción a fin de resolver la desintegración social. Esta acción era presentada como testimonio de fe, pero implicaba una propuesta política clara.

3 Al respecto puede consultarse P. SCOPPOLA, “La democracia en el pensamiento católico del siglo XX”, en A. Pizzorno, et al: *Historia de las ideas políticas, económicas y sociales*. El siglo XX, México, Folios, 1984, pp 125 a 222

Como dice Emile Poulat, se trataba de abandonar las posiciones “defensivas” para asumir perspectivas “ofensivas” que debían llevar a la instauración del “orden cristiano”, un orden claramente político que entrañaba una visión abarcadora de toda la vida humana, en definitiva un “mundo católico”⁴. Así, desde fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX la “cuestión social” fue motivo de reflexión y práctica del catolicismo argentino. Desde el diagnóstico crítico pasaron paulatinamente a diseñar propuestas más provocadoras que implicaban la concepción de la Iglesia como “sociedad perfecta” y a la elaboración de un discurso que apuntaba a un modelo social católico opuesto al resultante del imperio de la razón. Las acciones militantes puestas en marcha se desarrollaron en dos ámbitos primordiales: el escolar y en el ambiguo espacio de pre-ocupación por los pobres.

Mientras el sistema político se desarrollaba y la masificación de la sociedad se volvía más evidente, los escritores católicos fueron definiendo sus perspectivas que quedaron reflejadas en sus páginas y alocuciones y en la conformación de un campo cultural del catolicismo, heterogéneo y complejo, que incluía tanto a intelectuales orgánicos a la Jerarquía eclesiástica como a otros que se desenvolvían de una manera más independiente.

De esta diversidad tanto como de su evolución histórica a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 pretende dar cuenta este artículo.

DOS ESCRITORES CATÓLICOS, DOS MANERAS DE ENTENDER Y VIVIR LA RELIGIOSIDAD: MANUEL GÁLVEZ Y GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.

Iniciaré este recorrido con Manuel Gálvez, un escritor de gran divulgación que buscaba adoctrinar con su obra a los sectores populares, aunque también pretendía despertar el “*verdadero hábito cristiano*” de las clases propietarias, reclamando la necesidad de reconquistar la vida espiritual a través de la educación de los ciudadanos y de la sugestión de los viejos ideales⁵. Al contraer matrimonio con Delfina Bunge⁶, y entonces con el catolicismo, comenzó a interesarse por el

4 E. POULAT, : *L'Eglise, c'est un monde. L'Éclésiosphère*, Paris, Les Editions du Cerf, 1986 pp. 17-39. Del mismo autor: *Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel*, Paris, Castermann, 1977, 291 p.

5 M. GÁLVEZ: *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones de la vida argentina*, Buenos Aires, Moen, 1910, p. 53

6 El casamiento se realizó 1910. Delfina Bunge pertenecía a una familia tradicional de la Argentina y poseía una “devoción ardiente” hacia el catolicismo.

pensamiento finisecular español, y a buscar en las provincias argentinas -a la manera de los escritores españoles que recorrían el interior de la península - la esencia del ser nacional y los valores formativos de la patria⁷ que eran, a su juicio, producto de la fusión del espíritu criollo y la herencia española.. A partir de allí reclamaba que los ideales hispánicos se transplantaran, como un germen de clima moral, a un naciente nacionalismo, ya que la herencia española, su cultura y su tradición, lejos de descaracterizar al país, como hacían otras influencias exóticas, ayudaba a afirmar *“nuestra índole americana y argentina”*.

Su libro *El solar de la raza*, fue un llamado al espiritualismo y crítica implacable a la admiración que muchos argentinos expresaban por la cultura material de los Estados Unidos. Como puede advertirse, su nacionalismo aparece estrechamente ligado a la “arielista” noción de espiritualismo⁸. Un nacionalismo hispánico y católico, ya que ser argentinos era una *“forma especial de ser españoles”*⁹. A través de su personaje Gabriel Quiroga, sentenció que los argentinos no habían dejado de ser españoles a pesar de la inmigración y del propio ambiente americano¹⁰. La admiración por España también se evidenciaba en su llamado a emular a la llamada generación del 98, cuya obra definía como homogénea y portadora de una misión evangelizadora que debía ser desarrollada en la Argentina para expandir la espiritualidad, la religiosidad y *“la virtud de la raza”*¹¹, en tanto fuente de salvación, bienestar y orden. Su predica se basaba en la necesidad de derrotar al pecado, y para ello era necesario adoctrinar moralmente a las masas que siempre corrían mayor riesgo de ser captadas por el mal. Asimismo, Gálvez sostenía que el materialismo había borrado el espíritu nacional de la Argentina y convertido al país en una realidad incompleta. De allí sus críticas al cosmopoli-

7 M. GÁLVEZ: *En el mundo de los seres ficticios (Recuerdos de la vida literaria)*, Bs As, Hachette, , 1961, p. 48.

8 J. E. RODÓ: *Ariel*, Buenos Aires, Losada, 2004, p. 150. Primera edición publicada en el año 1900

9 M. GÁLVEZ: *En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Hachette, 1961 p. 11. Para mostrar su inserción en una elite recreada, decía: *“No hay en mí ser sino sangre española. Desciendo de fundadores de ciudades y conquistadores, -don Juan de Garay, como dije en los Amigos y maestros, es uno de ellos-, de familiares del Santo Oficio, de individuos pertenecientes a la nobleza”*

10 M. GÁLVEZ: *El Diario de Gabriel Quiroga Opiniones de la vida argentina*, Buenos Aires, Moen, 1910 pp. 65-66

11 M. GÁLVEZ: *El solar de la raza*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Nosotros, 1913, p. 29

tismo, al que veía como el símbolo de enajenación y superficialidad¹². Hablaba de dos Argentinas, una era la encarnación del país sin alma, la otra (la que residía en el interior) era la auténtica imagen de la esencia patria¹³.

Su ideario político consistía en una cosmovisión moral de base tradicionalista, jerárquica, excluyente y represiva, y en una visión valorativa -y por eso mismo fragmentaria- de lo geográfico y de lo humano. Pero, también involucraba una concepción estética asentada y sustentada en lo paisajístico y en sus expresiones culturales. Buenos Aires situada en la pampa desolada “carecía hasta de paisaje” y con él de límites que permitieran sentir la cercanía de lo patriótico¹⁴. Se trataba indiscutiblemente de un discurso “nacionalista” católico y disconforme con el deseo individual de progreso y que arremetía con energía retórica contra lo que consideraba la principal característica del argentino moderno: la búsqueda de “goces vulgares”¹⁵.

Manuel Gálvez fue un personaje multiforme. Sin embargo, el eje articulador de su pensamiento y su identidad se encontraban en el catolicismo. Pero, ¿puede considerársele un actor orgánico de la Iglesia? Es evidente que su esfuerzo moralizador de los “desamparados” y los principios y valores expuestos en sus obras, estaban de acuerdo con lo que la Jerarquía Eclesiástica quería transmitir. Es decir, era funcional a la estrategia política de la institución que buscaba disciplinar a los sectores populares mediante una política moralizadora basada en los principios del catolicismo. Esencialmente preocupado por alejar a las mujeres de los “peligros” de la calle –lo cual implicaba turbación por el abandono de las mujeres de las clases trabajadoras de su ámbito de reclusión tradicional- desarrolló un discurso esencialmente moralizador que no se contradecía con las arengas de los Obispos. Pero, el catolicismo incorporaba una segunda línea política, y es allí donde Gálvez no puede ser considerado un actor integral de la Iglesia. Aludo a la evidente necesidad de organizar una elite dirigente de base católica y construir a la Iglesia católica en un actor político autónomo y con pretensiones hegemónicas. Gálvez planteó reiteradamente que la renovación debía ser moral y en ese sentido, el catolicismo aparecía como un instrumento individual que debía proteger al hombre de si mismo, de sus instintos, de su afán por los placeres. Se trataba de un moralismo que apelaba a la conversión individual y que no avanzaba

12 M. GÁLVEZ: *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935 pp. 194-95

13 M. GÁLVEZ,: *Sendero de Humildad*, Buenos Aires, Moen y Hno, 1909.

14 M. GÁLVEZ: *Hombres en soledad*, Buenos Aires, Hispamerica, 1986, p. 181

15 GÁLVEZ, M: *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935 p. 195

en políticas concretas ni pretendía formaciones colectivas. Es decir, hablaba de las virtudes de la religiosidad, de la utilidad de la misma como instrumento de autocontrol, pero no hacía referencias a la capacidad del catolicismo en tanto institución. En más de una oportunidad, ya sea en sus novelas como en sus ensayos, se evidenciaba con nitidez que Gálvez veía en las expresiones morales de los individuos, más que en los proyectos políticos, el camino hacia una sociedad “cristiana” con todo lo que ella implicaba en su pensamiento.

Al mismo tiempo acusaba a la clase propietaria y a sus organizaciones prototípicas, por el “infeliz” destino de los pobres. Pero, no se trataba de una crítica antisistémica, de una afrenta a su clase a la que seguía atribuyendo capacidad de dominio¹⁶, y de la que esperaba que, cual bondadoso señor feudal, fuera la artífice de un orden jerárquico y cristiano. Los trabajadores y sobre todo sus mujeres, rodaban por el “*barro del pecado*”, la inmoralidad y la degradación, pero hasta allí habían sido conducidos por el egoísmo y la explotación de quienes debieron guiarlos en otra dirección. El pueblo que debía ser moralizado¹⁷ no era el proletariado, los trabajadores con capacidad de acción, sino que sus preocupaciones se centraban en el “pueblo caído” o lo que él veía como pueblo degradado.

Gálvez no buscaba un cambio de hombres de la dirigencia política, sino que propugnaba una transformación espiritual, casi una metamorfosis, de las clases altas, al estilo de la mutación anímica e ideológica que le construyó al protagonista masculino de **Nacha Regules**. Una vez convertidas y verdaderamente cristianas, esas clases tutelarían la recuperación de los trabajadores y sus familias y de tal modo se aseguraría el orden. La transformación que anhelaba era inicial y esencialmente moral y sólo más tarde política y social.

Es indiscutible que la impronta católica estuvo siempre presente en su obra, siendo la matriz a partir de la cual elaboraba su diagnóstico sobre la situación del país. Desde un cristianismo muy pragmático cuestionaba la iniquidad social y llamaba la atención de sus pares en tanto esa injusticia extendida se encontraba el origen del caos y el desorden.

Muy diferente es el caso de Gustavo Martínez Zuviría (quien como escritor fue conocido como Hugo Wast), aunque amigo de Gálvez y con un pasado de

16 GÁLVEZ, M: *El espíritu de la aristocracia y otros ensayos*, Buenos Aires, Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1924, pp. 10 y ss.

17 Para Gálvez fuera de la Iglesia no había salvación, no existía una moral laica. Fuera del catolicismo sólo había inmoralidad y libertinaje.

“*andanzas juveniles*” por idearios de izquierda que ambos recordaban con la tranquilidad de quien se ha redimido de un pecado. Sin embargo, y en contraposición con Gálvez, Wast representaba a un sujeto político disciplinado e integrante de la jerarquía laico-eclesiástica de la Iglesia católica argentina, en absoluto preocupado por las desigualdades sociales y sólo interesado en comunicarse con las élites socio-políticas. Su intención no era moralizadora, se trataba más bien de una reafirmación moral de las virtudes del catolicismo y de su institución representativa, la Iglesia Universal. La doctrina católica era presentada con fuerza de verdad, sin márgenes para debates o cuestionamientos al orden o la praxis impulsados desde la Institución. Martínez Zuviría consideraba que el arte y la literatura sólo tenían sentido y verdadera razón de ser si estaban al servicio de Dios¹⁸. Por eso toda su obra (no muy significativa desde el punto de vista literario pero sí desde el de la divulgación) estaba claramente articulada bajo la premisa de asistir a la causa católica pintando “*con suficiente claridad las desventuras del mal*”. Esas obras, muchas situadas en el período colonial, eran semblanzas muy simples que hacían una sistemática referencia a las desdichadas relaciones entre sujetos de clases diferentes. A partir de ese argumento básico, el autor desplegaba su ideología elitista y alertaba sobre la maledicencia y desidia de las “clases inferiores”.

Resulta evidente que el interlocutor deseado y buscado era su propia clase, un lector que compartiera su experiencia y sus valores. Es decir que la suya pretendía ser una literatura para los católicos de la elite que se sintieran amenazados por el desborde social. Por ello, a diferencia de Gálvez, no buscaba mostrar las virtudes del catolicismo, sino que, como queda dicho, su pretensión era reafirmar que dicha fe y práctica encarnaba la verdad y habitaba en los “mejores hombres”. Y esos mejores eran también los protagonistas de sus novelas, “*descendientes de un fiero linaje de conquistadores*”¹⁹ que, dado el estado de las cosas, debían convivir cada vez más frecuentemente con seres ajenos y extraños. Esos sujetos era “*sórdidos*”, “*atemorizantes*”, “*desalmados*” que llevaban adelante conductas incorrectas y empujaban a la gente decente hacia el camino de la inmoralidad²⁰. Al mismo tiempo, no dejaba de alarmarse y advertir sobre la “*decadencia de los apellidos consulares y el encumbramiento de gente sin abolengo, sin fortuna, a menudo sin educación*” que hacían que los verdaderos hombres de la patria sintieran

18 H. WAST: *Vocación de Escritor*, en *Obras Completas*, Madrid, Ed. Fax, 1986, pg. 23

19 H. WAST: *La casa de los cuervos*, *ibid*, pg. 156

20 Al respecto pueden verse: *Flor de Durazno*, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1911, 213 p. y *El camino de las llamas*, París, Ollendorff, 1914, 125 p.

“como un castigo inmerecido ver ingresar entre los miembros de su familia esclarecida a personas cuyos antepasados sirvieron en su casa”²¹. En contraposición, el hispanismo (especialmente su versión castellana) era presentado como reserva moral ante ese mundo desvirtuado y como la expresión más clara de la hidalguía, la virilidad y el coraje.

Martínez Zuviría era, sin duda, un actor orgánico de la Iglesia, un sujeto político disciplinado y con vínculos claros con la jerarquía eclesiástica, especialmente con monseñor Miguel De Andrea. En su libro *15 días Sacristán* los relatos menores de un viaje familiar por Europa sirven de amparo para poner en evidencia esa cercanía con el Obispo (a quien acompañó como Sacristán en algunas paradas del recorrido) y su disciplina para con los mandatos de la estructura católica.

Como puede advertirse ambos autores compartían un vínculo de amistad, un pasado común y un presente donde el catolicismo jugaba un papel identitario. Aunque expresado con tonalidades diferentes, uno y otro consideraban que la situación social se estaba desbordando. Sin embargo, no conllevaban una misma perspectiva al momento de analizar la sociedad y, sobre todo, al pensar en la función que el catolicismo debía desempeñar.

LA NACIÓN CATÓLICA COMO POLÍTICA INSTITUCIONAL DE LA IGLESIA CATÓLICA.

La decisión de pasar de posturas defensivas a otras más ofensivas y la incipiente creación de un campo intelectual católico hizo que, desde las primeras décadas del siglo XX, la Jerarquía comenzara a desarrollar actividades que captaran y permitieran formar una clase dirigente con identidad católica capaz de desarrollar un programa político consonante con los intereses de la Iglesia y, lo que es más importante, con capacidad de implementarlo. Así, por ejemplo se estimuló la divulgación de la prensa del sector y la creación de nuevas revistas (*Estudios*, *Signos* y otras), se crearon centros de aglutinamiento (el Ateneo Social de la Juventud es sólo una muestra). Todas esas iniciativas, más o menos exitosas, mostraban una relativa efervescencia de los sectores católicos y más claramente la preocupación de los sectores dirigentes por dar un sentido único, o al menos más coordinado, a los diferentes focos de expresión católica.

A medida que avanzaban en el tiempo, las políticas fueron ganando en densidad en pos del objetivo fijado. Así, apenas iniciados los años veinte y con el

21 H. Wast: *La que no perdonó*, en *Obras Completas*, Madrid, Ed. Fax, 1986, pg 86.

impulso del Episcopado se pusieron en marcha los Cursos de Cultura Católica (CCC), para formar teológica, filosófica y culturalmente a los jóvenes varones de la clase propietaria a fin de conformar una elite intelectual (eclesiástica y laica) con capacidad dirigente²². Buscaban moldear a los hombres que debían construir un “modelo” de nación que permitiera a la Iglesia, como fuerza política, avanzar sobre las estructuras del Estado.

Entrando a la década del 30, una Iglesia reorganizada y potenciada asumió como institución su ofensiva política e ideológica y comenzó a prestarle atención a la historia para “inventar una tradición” y crear un origen donde el catolicismo se confundía con la nacionalidad y con el hispanismo que muchas veces desafiaba en nombres como Caggiano o Fasolino²³. La peculiar definición de patria implicaba una visión jerárquica, elitista y xenófoba que buscaba hacer frente a las múltiples y profundas transformaciones que vivía la Argentina y reconstruir los Estados patrimoniales del siglo XIX, devolver el poder terrenal a la Iglesia e impugnar el cambio social y cultural, sosteniendo que la modernidad había destruido la armonía social vigente durante siglos.

Apoyada intelectual y financieramente por el Episcopado, en 1928 apareció la revista **Criterio**, con el objetivo de difundir el pensamiento autoritario emergente y convocar a las clases propietarias tradicionales a que recuperasen el poder político perdido²⁴. **Criterio** fue entonces, el órgano de prensa de los CCC, pero también fue una especie de “laboratorio ideológico” destinado a realizar un diagnóstico y una propuesta de cambio, al tiempo que un instrumento de reclutamiento. Adquirió importancia por sus contenidos ideológicos autoritarios, pero también porque expresaba la voluntad de agrupar a las fuerzas sociales que compartían el interés por conservar y reproducir sus privilegios²⁵. Fue una expresión evidente de la alianza entre un segmento de la elite social con la jerarquía eclesiástica, una triple alianza del dinero, la cruz y la espada que tanta permanencia tendrá en la historia política de la Argentina. Su objetivo era implementar un

22 M.E. RAPALO: “La Iglesia Católica Argentina y el autoritarismo político: La revista *Criterio*, 1920-1931”, en *Anuario del IEHS*, V, 1990, p. 51

23 S. BIANCHI: “La difícil conformación de la Iglesia católica argentina: el cuerpo episcopal (1860-1960)” en S. BIANCHI y E. SPINELLI: *Actores, Ideas y Proyectos Políticos en la Argentina Contemporánea*, Tandil, IEHS, 1997, p. 34

24 S.A.M.: “Es ridículo creerse dirigente cuando en realidad no se dirige nada”, *Criterio* I, 8 de marzo de 1928, p. 4

25 M.E. RAPALO: “La Iglesia Católica Argentina y el autoritarismo político: La revista *Criterio*, 1920-1931”, en *Anuario del IEHS*, V, 1990, p. 53.

proyecto de nación basado en la restitución de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva.. La atención prestada al arte se basaba en la consideración de que era un instrumento formador de conciencias y de identidades políticas²⁶. La revista fue, entre 1928 y mediados de 1929²⁷, un interesantísimo producto cultural.

Los artículos estaban destinados a la formación integral de la élite dirigente que debía imponer el destino de la nación, al tiempo que mostraban las aspiraciones culturales de parte de la “*intelligentzia*” católica argentina que buscaba una posición respetable, y el reconocimiento de los círculos más selectos y desarrollados del pensamiento. La diversidad de artículos reflejaba las distintas tendencias intelectuales y estéticas existentes en **Criterio**, pero también una doble intencionalidad que implicaba dos tipos principales de interlocutores. Por un lado, un público más amplio, católico y acomodado pero expuesto a las provocaciones de ideologías y prácticas sociales y culturales contestatarias. Por otro lado, los miembros de la elite a quienes pretendían convocar para lograr imponer su proyecto político social. Así, el llamado a la acción implicaba en sí mismo un cuestionamiento a la actitud pasiva y, en cierta forma, resignada de las clases dirigentes²⁸. Pero, no se trataba de una diferenciación con la clase a la que denominaban conservadora, solamente implicaba un llamado a los pares, capacitados y confiables, que podían reencauzar al país.

Pero, con la asunción de Enrique Osés (redactor habitual de la revista que bajo los seudónimos de Luis Abascal y Luis Enrique publicaba artículos fuertemente ideologizados) como nuevo director, se evidenció una creciente influencia clerical y una defensa de intereses corporativos con un tono de revancha, empo-

26 M.E. RAPALO: “Pedagogías para la Nación Católica”, ponencia presentada a *Jornadas de Cultura política y políticas culturales en la Argentina Contemporánea*, IEHS, noviembre de 2001 p.17

27 Debo expresar aquí una diferencia con Rapalo y con Zuleta Álvarez que entienden que este proceso continuó hasta 1930. Si bien es cierto que los fundadores prosiguieron hasta esa fecha colaborando, e incluso en los cargos directivos, hacia mediados de 1929 fue evidente el cambio en los propósitos y objetivos de la revista. Aunque aun no hubiera menciones, ni cambios radicales en las firmas, la temática había cambiado notablemente en detrimento de las páginas culturales y de las reflexiones más ricas en cuestiones políticas. Por el contrario, se notaba un incremento sensible de las páginas doctrinales.

28 En el artículo, que tiene el revelador título “*Es ridículo creerse dirigente cuando en realidad no se dirige nada*”, se impugnaba a los sectores privilegiados de la sociedad que se indignaban, reclamaban y ofrecían formidables piezas retóricas en la comodidad de los sillones del “*Club*” (en clara alusión al Jockey Club).

breciéndose la publicación en todo sentido: disminuyeron los aportes y con ellos el número de colaboradores; se perdieron las inclinaciones más vanguardistas y se deterioró la calidad literaria y artística; el discurso se tornó más agitador y vulgar, y la prosa más injuriosa²⁹.

La crítica a la presencia de activistas de izquierda como una preocupación creciente fue un tema recurrente en todos los autoritarios de entonces, lo que diferenciaba a los grupos católicos de otros sectores laxamente afines fue el énfasis puesto en el tratamiento del tema y la superación del diagnóstico para avanzar en la búsqueda de propuestas concretas en un problema que se consideraba ya instalado. Si bien coincidían en que “*el liberalismo candoroso*” había permitido, por omisión o descuido, la germinación de esos idearios, los católicos llamaban la atención sobre la dinámica, las formas de “*infiltración*” y las adhesiones más o menos concientes que ganaban los anarquistas y socialistas³⁰. La gran preocupación era la paulatina supremacía de estas ideas en los sindicatos, en las escuelas³¹ y sobre todo en las aulas universitarias. Advertían impactados, y esto es importante, que el problema de la ideología izquierdista no era preocupante porque guiaba las acciones de los trabajadores, sino esencialmente porque superaba los límites de esa clase y llegaba a sectores ilustrados³². Por lo tanto, pusieron mucho énfasis en resguardar —o aislar— a los individuos pertenecientes a las clases propietarias que mostraban porosidad hacia aquellos idearios, y que **Criterio** denominaba “*burgueses de izquierda*”.

A partir de su cosmovisión política expresaban que el orden había sido malogrado por la iniciativa de una “*pornografía triunfante*”³³ y por el espíritu “*materiaalista*” que estaba ganando espacio hasta en “*las más altas esferas sociales*”. La concepción autoritaria del orden católico impulsaba un modelo que le permitiera recuperar al Estado un control fuerte y represivo en tanto que buscaba que la Iglesia asumiera definitivamente la vigilancia de la conciencia de los ciudadanos y, de ser necesario, la condena moral.

29 M.E. RAPALO: “Pedagogías para la Nación Católica”, ponencia presentada a *Jornadas de Cultura política y políticas culturales en la Argentina Contemporánea*, IEHS, noviembre de 2001, p. 7

30 *Criterio* 14, Buenos Aires, 7 de junio de 1928, p. 432

31 Se publicaron constantes denuncias sobre la existencia de maestros anarquistas (Véase *Criterio* 13 y 15) que además “provocaban” organizando Congresos y difundiendo públicamente sus ideologías.

32 *Criterio* 14, 7 de junio de 1928, p. 431

33 T. CASARES: “Notas de la semana: pornografía en libertad”, *Criterio* 15, 14 de junio de 1928, p. 461

Su definición política –en su sentido más amplio– planteaba a la catolicidad como un concepto cultural permanente, general y eterno que involucraba al conjunto de la humanidad, en tanto que sostenía que las naciones, como concepto de una realidad existente, eran: “*en cambio instituciones de historia, es decir, entidades empíricas, pseudo conceptos, creaciones convencionales*”³⁴. Por contraposición al concepto “ficticio” de nación se enarbolaba el de patriotismo, que como “*sentimiento auténtico*” era superior a cualquier continente que se le quisiera dar. El patriotismo no era contrario a la catolicidad, sino que por el contrario la patria era en sí misma una forma específica y concreta de expresión católica, pues implicaba una vuelta a las raíces hispanas y por lo tanto católicas.

Criterio fue, por lo tanto, el órgano de prensa de un grupo de intelectuales que pretendía constituir un actor político integral sometido a la Jerarquía de la Iglesia Católica Argentina destinado a implementar un modelo basado en una ideología corporativista que apelaba, como medio de legitimación, a las tradiciones del mundo cristiano feudal: desigualdad natural de los hombres, origen divino de la propiedad privada, del orden social y de la autoridad.

LA OFENSIVA CATÓLICA DESPUÉS DEL GOLPE DE 1930

Como queda expresado, los intelectuales definidos por su identidad católica y sus vínculos más o menos laxos con la Jerarquía eclesiástica junto a otros intelectuales autoritarios desarrollaron una activa campaña en contra del yrigoyenismo y a favor de una reconstrucción “ordenada” del estado y la sociedad. Sin embargo, el movimiento de septiembre de 1930 fue esencialmente militar y la mayoría de los escritores que habían participado de la agitación resultaron simples acompañantes secundarios del gobierno provisional que emergió del golpe de Estado.

Los relatos de los sucesos del 6 de septiembre pusieron en evidencia que los militares capitalizaron todo el descontento y la campaña conspirativa previa en su favor, utilizando los argumentos intelectuales para justificar su accionar y su propia, y “heroica”, dimensión. Los escritos de los contemporáneos y el de los analistas posteriores son coincidentes al respecto y no dejan de señalar el carácter exclusivamente militar del movimiento y, por ende, el limitado papel de los intelectuales como sistematizadores del clima político adverso a la democracia mayoritaria³⁵.

34 E. D'ORS: “Las naciones y la catolicidad”, *Criterio* 97, 9 de enero de 1930, p. 47

35 Entre los escritos contemporáneos puede verse: J. QUESADA: *Orígenes del movi-*

Lo cierto es que las expectativas que cada uno de ellos se habían forjado fueron desmerecidas por la realidad que los relegó al plano de publicistas o, en el mejor de los casos, a algún cargo de relativa trascendencia³⁶. Ahora bien, las esperanzas de los escritores autoritarios ¿eran resultado de representaciones y anhelos desmedidos y, en alguna medida caprichosos?, ¿la exclusión fue el resultado del triunfo de un proyecto divergente? O, quizás, ¿el marcado individualismo les restó fuerzas al momento de las negociaciones?. Es difícil poder dar una respuesta. Lo indiscutible es que la mayoría de los escritores conspiradores no ocuparon espacios de poder, ni lograron capitalizar la experiencia para que sus proyectos y ellos mismos fueran más visibles para la opinión pública. Al poco andar los autodenominados nacionalistas se iban perdiendo en la escena política argentina³⁷.

No obstante, hubo un sector que supo sacar fuerzas de esta experiencia. Y ese sector fue el más claramente definido en torno al catolicismo, que en los tiempos que siguieron al movimiento de 1930 fueron constituyéndose como un actor político con capacidad de negociación con los dirigentes del Estado.

De tal modo, y una vez producido el golpe de Estado y que la Iglesia católica celebró en sus templos, la revista **Criterio**, como la voz más explícita del sector, asumió la reivindicación del movimiento y, por sobre todo, se dedicó a remarcar la función y la actitud necesaria y fundamental que los católicos debían asumir en la creación de un nuevo orden político y social. Buscaban pasar de una conciencia a una acción pública y política y recuperar la esencia cristiana para construir el “Reinado de Cristo Rey”³⁸. No se trataba de un proyecto nuevo,

miento del 6 de septiembre de 1930, Buenos Aires, Anaconda, 1930, pg. 55. En el mismo sentido se expresa Juan Domingo Perón en sus memorias. Por su parte, un estudioso del tema como Enrique Zuleta Álvarez sostiene una postura similar. E. ZULETA ÁLVAREZ: *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1969, p. 239.

36 Sin duda, Carlos Ibaguren fue quien accedió al espacio de poder más relevante al ser designado como interventor federal de la provincia de Córdoba. Sin embargo, no puede desconocerse que Ibaguren era primo del General Uriburu y ese habría sido un factor de peso al momento de la designación.

37 F. DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2002, pp. 279-280

38 Un trabajo de M. E. Blasco demuestra que la identificación entre catolicismo y nacionalidad se estaba desarrollando con bastante anterioridad a la década del 30. Véase M. E. BLASCO: “La tradición colonial hispano-católica en Luján. El ciclo festivo del Centenario de la Revolución de Mayo”, en *Anuario del IEHS*, 17, 2002.. Para la definición de la nación católica en la década del treinta véase L. ZANATTA: *Del Estado Liberal a la nación católica*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1996 y S. BIANCHI: *Biografía de Santiago Luis Copello*, en prensa.

aunque si era novedoso el entusiasmo y optimismo con que encaraban su realización. El derrocamiento de Yrigoyen por parte de lo que llamaban las clases “decentes” y la pasividad con que las mayorías habían aceptado los sucesos, les hacía pensar que se abría un camino posible para su plan transformador.

Esta agitación y el espíritu exultante que expresaban, se reflejaron también en las palabras triunfalistas de Manuel Gálvez, que, con tono provocador, recordaba la efusividad que había despertado el golpe de Estado. Disposición de ánimo que hacía que el general Uriburu despertara “*delirios*” en buena parte de la población. En la novela **Hombres en soledad**, sostenía que por entonces se había producido un cambio moral profundo y una euforia desconocida por entonces: “*porque Uriburu ha echado a la chusma, mientras que San Martín no echó sino a los españoles, que, al fin y al cabo, eran personas decentes*”³⁹. Según Gálvez, el golpe había implicado una transformación ética que se evidenciaba mediante la evolución de las mentalidades. Así, los frívolos hijos de la elite, antes sólo preocupados por la vida mundana y el desenfreno de ciertos ámbitos parisinos, participaron exaltados del desfile militar, en tanto que los viejos conservadores comprendieron que no se podía vivir “*en el sensualismo y en el escepticismo*” y participaron del gobierno revolucionario⁴⁰.

Sin embargo, desde el comienzo mismo de este proceso la mayoría de los intelectuales católicos fueron conscientes de que un la solución no se podía alcanzar de manera repentina o con simples reformas políticas. Esta percepción logró plasmarse claramente y volverse línea política de la mano de Monseñor Franceschi (futuro director de **Criterio**).

A las habituales críticas a la democracia, el rechazo a la participación activa e independiente de las mayorías en las decisiones políticas, los sectores católicos sumaron la entronización de la Iglesia como piedra angular de la política, a partir de su carácter de unificadora de la sociedad. Como se advierte, el tomismo cobraba nueva fuerza y ocupaba el centro de la ideología sustentadora del proyecto resignificado de la nación católica⁴¹. Inserta en ese proyecto, la propia revista **Criterio** se asignaba la nada despreciable tarea de crear una cultura “*sana*” y, por lo tanto, católica. Pretendía ser una revista de católicos que catolizara al con-

39 M. GÁLVEZ, *Hombres en soledad*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 193.

40 S. SAÍTTA: “Apuntes sobre algunas representaciones periodísticas y literarias del golpe de estado del 6 de setiembre de 1930”, presentado en Seminario permanente “El mundo de fin de siglo y entre guerras”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2001

41 *Criterio* 153, 5 de febrero de 1931, p. 169

junto de la sociedad, particularmente a los sectores intelectuales y dirigentes de la sociedad.⁴²

Con la misma lógica se constituyó la Acción Católica Argentina (ACA)⁴³, destinada a aunar y disciplinar todas las acciones católicas bajo la supervisión de las autoridades eclesiásticas. Se argumentaba que la unidad de los católicos, organizados y activos, era lo único que podía frenar la impiedad y los ataques de “*los hijos de la antigua serpiente, que quieren establecer en el mundo el reino de aquella bestia del Apocalipsis que promete la libertad a todos los instintos materialistas*”⁴⁴.

Particularmente me interesa señalar que en este período el catolicismo asume que no se podía luchar contra enemigos nuevos con las armas y tácticas de antaño. La realidad había cambiado, y más allá del disgusto que la masificación de la sociedad les provocaba, no tenían otro camino que admitir esa transformación y adecuar sus mecanismos de combate.

La ACA, en clara concordancia con la política y los mandatos de la Santa Sede⁴⁵, tenía una doble función. Por un lado, captar a las masas y hacerlas copartícipes del espíritu católico, es decir que se trataba de generar una base católica que no escapara al control social y que respondiera, con criterios de identidad, a la Jerarquía Eclesiástica. Por otro lado, buscaban encauzar la energía militante de los cuadros emergentes de las clases medias que, interesados por las cuestiones políticas y sociales, estaban afectados por la crisis del sistema partidario y buscaban una dimensión moral a su acción política y social. Como resulta evidente, a través de la ACA se pretendía crear una dirigencia intermedia, organizar las dimensiones parroquiales y municipales del interior. En tanto, los CCC, como ya he expresado, estaban dirigidos a constituir y conformar los cuerpos dirigentes de la Iglesia Argentina, y particularmente reforzar los vínculos doctrinales e institucionales de aquellos jóvenes que estaban “destinados” a ocupar posiciones centrales en el Estado y la política argentina. En ambos espacios se pretendía establecer al catolicismo como el contenido ético de la vida política y social,

42 “En el tercer aniversario”, en *Criterio* 158, 12 de marzo de 1931, p. 329

43 Obviamente el objetivo de esta institución trascendía largamente la búsqueda de la “*salvación de las almas*”, que tenía una clara función social. Función, además, que quedó evidenciada, y reforzada, por la creación del Secretariado Económico Social.

44 *Pastoral del Episcopado a propósito de la creación de la Acción Católica Argentina*, en Archivo Parroquial Iglesia del Santísimo Sacramento, Tandil.

45 F. MALLIMACCI: “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica Argentina”, en *Cristianismo y sociedad* N° 108, 1991, pp. 35 a 71.

tanto como constituir a los católicos en un actor político con capacidad de presión a partir de su realidad numérica. De este modo, se asumía una práctica política que renunciaba a la idea de un partido propio en pos de un objetivo mayor: influir en todas las expresiones sociopolíticas de la nación y generar un espíritu “filo clerical” en toda la dirigencia –presente, pero especialmente futura- para constituir una estructura transpartidaria, una organización que no quedaba directamente expuesta a las alternativas coyunturales de los regímenes políticos. Tal vez, el catolicismo había alcanzado una mirada superadora, basada en su experiencia histórica, que en definitiva le mostraba que todo sistema político era transitorio⁴⁶. Por esa razón, la Iglesia siempre mantenía en estado de ambigüedad e indefinición su programa político, y siempre podía adaptarse y estar en disponibilidad para nuevas articulaciones. O, quizás, y teniendo una mirada menos conspirativa, podría pensarse que también esta era una decisión forzada pues aun carecía de un programa político sólido.

Como queda expresado, esta ofensiva distaba mucho de ser un intento de vuelta al pasado. Aunque muchos católicos integristas hayan aportado sus discursos reaccionarios, lo cierto es que en este período se podía observar una tentativa por adaptarse a la nueva realidad, conservando lo que fuera posible y útil, pero también incorporando y aceptando las modificaciones que se habían operado en las últimas décadas. Las masas estaban irremediablemente presentes en la política, por lo tanto era imprescindible atraerlas, adoctrinarlas y ponerlas al servicio de ese proyecto internacionalista y totalizador. En este sentido, los católicos expresaban una compleja hibridación de conceptos y prácticas nuevas y viejas. En muchos casos, el discurso más estrictamente reaccionario, declaradamente antiliberal, no era más que una operación intelectual aglutinante e identitaria.

La línea de **Criterio**, sobre todo a partir del liderazgo intelectual de Gustavo Franceschi, fue la de la adaptación (palabra con la que él mismo resumía la necesidades de la praxis política) a la nueva realidad, a las contingencias de las propias fuerzas, a las debilidades de los enemigos y de los posibles, y a veces circunstanciales, aliados. Esto era resultado de una concepción política definida como la política de la presencia y de la vida. Vivir políticamente significaba atender al contexto, ser ágil en el pensar y poseer un efectivo realismo intelectual⁴⁷ que supiera aprovechar el descreimiento y la desconfianza hacia los políticos para provocar cambios sustanciales en la manera de gobernar⁴⁸. Pero, ese cambio no

46 A. GRAMSCI: *Las maniobras del Vaticano*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1966, pp.32-33

47 G. FRANCESCHI: “Dirección”, en *Criterio* 223, 9 de junio de 1932, p. 245

48 G. FRANCESCHI: “Hacia la crisis”, en *Criterio* 257, 2 de marzo de 1933, pp. 102

sería inmediato, sino que debía transitarse por sinuosos caminos de reformas parciales. De ahí, las posturas muchas veces ambiguas que asumía **Criterio** y que iban desde la censura hasta el sostén del gobierno y del “fraude patriótico”.

Pero lo indiscutible es que proponían fundar una democracia de privilegio, un gobierno de los más, ejercido por los mejores⁴⁹, un régimen aristocrático por su forma, pero democrático por sus efectos, donde el pueblo ya no sería soberano, pero tampoco, decían, lo había sido en el más puro sistema liberal, que sólo lo había dotado de la ilusión de ser el dueño de los destinos colectivos, donde la representación era una idea más aparente que real⁵⁰. La “democracia orgánica” que impulsaban implicaba en una apelación a las corporaciones políticas y esencialmente sociales.

El reclamo de un estado autoritario se argumentaba a partir de la atormentada aceptación de la presencia del pueblo en la política, y de la irremediable necesidad de encauzar esa participación que, sin lugar a dudas, generaba más de un temor.

Franceschi señalaba que el concepto de pueblo se había elaborado a partir de la confusión de la dimensión política y la dimensión social que la palabra implicaba en sus dos significados, en tanto ciudadano y como habitante de un territorio. El canal de pasaje y superación de ambas dimensiones, y la estructuración bajo una nueva forma que pretendían superadora, no podía ser otro que la religión. Por ella, la multitud amorfa y temible se convertiría en pueblo, en pueblo católico y disciplinado. De tal manera, la Iglesia y la religión aparecían como instrumentos para dotar a la sociedad de moralidad y transformar a la masa inorgánica en pueblo.

Por lo tanto, el pueblo podría constituirse verdaderamente cuando se conformara como un conjunto orgánico, un “cuerpo”, cuya alma era y debía ser el catolicismo. Una forma de construir un actor colectivo que debería desarrollarse en una dirección única y que según la definición de François Xavier Guerra podría calificarse como de tipo antiguo o “tradicional”⁵¹, ya que implicaba una concepción de lo colectivo férreamente estructurada y permanente. La definición se instalaba sobre una conformación no aleatoria, a partir del concepto de familia que no contradecía la doctrina y las reglas de funcionamiento, los lugares y for-

49 J. ASSAF: “Democracias de privilegio”, en *Criterio* 272, 18 de mayo de 1933, p. 153

50 G. FRANCESCHI: “La dictadura y los católicos”, en *Criterio* 275, 1933, p. 320

51 Utilizo este concepto no desde un criterio de periodización, sino como instrumento para comprender a un actor construido bajo esa concepción que rechazaba la preeminencia de lo individual..

mas de sociabilidad y comportamiento –aunque las mismas debían tender a una creciente perfección moral- los valores tradicionales, los lenguajes y afectividades reconocidas⁵². La definición del pueblo emergía de una concepción de lo colectivo como conjunto estructurado a partir de códigos compartidos, establecidos a priori y aceptados por la totalidad e implicaba tanto nexos económicos como culturales que introducían la posibilidad de definir una identidad y el reconocimiento de una jerarquía y la existencia de un mundo sagrado y “superior”. Se construía sobre la imagen mítica de una reunificación social guiada y consolidada por el catolicismo. El elemento de adscripción era mucho más importante que los vinculados con la realización, con la experiencia, es decir que no atendía a las condiciones sociales de producción y explotación.

¿El pueblo así considerado podía ser un actor político o sólo un actor social? Todo parecería indicar que en la perspectiva ideal de Franceschi el pueblo estaba articulado y definido por características pre políticas, que debía responder a una energía superior, ajena a su propia voluntad que actuaba a través de “nexos no elegidos”. La forma de “incorporación” propuesta consolidaba la estructuración social preexistente, a partir del establecimiento de relaciones legitimadas por la costumbre y los valores religiosos. El pueblo resultaba un subordinado sin capacidad de generar nuevas articulaciones y nuevas prácticas, con un rol esencialmente doméstico, que aseguraba el orden en la base social y participaba con la escasa función de dar consenso a la política. Los fundamentos de la autoridad escapaban a la competencia de los actores ya que estaban consagrados por la religión y lo constituían como un actor supuestamente acorde a la dinámica de la modernidad política pero que en definitiva no hacía más que reafirmar una conducta disciplinada y tradicional.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo del artículo y a partir del estudio de un proceso histórico específico, he buscado señalar la complejidad que presenta la Iglesia católica como actor político y social, pero también como fuerza política y moral. Por ello, he tratado de evidenciar la multiplicidad de perspectivas y representaciones que el catolicismo cobijaba. Por un lado, porque como toda institución estaba –y está- construida por sujetos, de tal modo se manifestaban claramente las diferencias y las propias y particulares formas de jugar políticamente de los distintos sectores e individuos. Pero, también porque reflejaba –y refleja- una indiscutible capacidad

52 F. X. GUERRA: “Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos”, en *Anuario del IEHS*, 4, Tandil, 1989, p. 247.

para generar discursos múltiples y saber manejarse en una sinuosa franja de ambigüedades. Y, en ese sentido, resulta indudable que el catolicismo ha tenido una considerable lucidez para captar lo que debía ser transformado con el objetivo de poder mantener aquello que se consideraba esencial y constituyente de su propia existencia.

De tal modo, el proceso analizado pone en evidencia los esfuerzos de la Iglesia católica por mantener a los sujetos y grupos sociales en su lugar tradicional, pero también marca la imposibilidad de alcanzar dicho objetivo y, por ende, muestra la complejidad de alternativas que se ensayaron a partir de una realidad incontrastable. Así, puede observarse como la Iglesia católica buscaba hacer retoques “cosméticos” a sus discursos y aun más a las prácticas, y sólo cuando esto no bastaba asumía otras perspectivas que incluso utilizaban formas y mecanismos modernos para poder sostener el modelo con las menores modificaciones posibles. La Jerarquía eclesiástica debió aceptar que la presencia del pueblo en la vida pública y política era inevitable, por ello su intento fue la de generar espacios, muchas veces ficcionales, de participación que canalizaran la ilusión de participación pero que no implicaban verdadera manifestación de poder. Al mismo tiempo, desarrollaba estrategias formativas de los jóvenes varones de las clases acomodadas para así generar una clase dirigente identificada con su pensamiento y proyectos.

Del heterogéneo grupo que impulsó y acompañó el golpe militar de 1930 fue sin duda el sector que salió mejor posicionado y que logró constituirse como fuerza de presión y con presencia en los espacios del poder. Prueba de ello son la alianza entre la cruz y la espada, tanto como el carácter indiscutible de reserva moral que logró forjarse a partir de esta ofensiva y que han sido algunos de los fundamentos principales del poder político de la Iglesia católica argentina a lo largo del siglo XX. Lo cierto es que además de su capacidad política y de sus fundamentos históricos y doctrinales el catolicismo contó a su favor con la fuerza numérica y la solidez de la institución, lo cual lo vuelve radicalmente diferente a los otros conspiradores que hacían gala de su carácter minoritario y de su férreo individualismo.

BIBLIOGRAFÍA

Suriano, J, “Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en la Argentina” en SURIANO, J, *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000, 272 p.

- Myers, J, “Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina”, en *Punto de Vista* 63, 1999, pg. 43 a 48
- Scoppola, P, “La democracia en el pensamiento católico del siglo XX”, Pizzorno, A, et al, *Historia de las ideas políticas, económicas y sociales. El siglo XX*, México, Folios, 1984, pp 125 a 222
- Poulat, E, *Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme actuel*, Paris, Castermann, 1977, 291 p.
- Rapalo, M. E., “La Iglesia Católica Argentina y el autoritarismo político: La revista Criterio, 1920-1931”, en *Anuario del IEHS*, V, 1990, p. 51 a 69
- Bianchi, S., “La difícil conformación de la Iglesia católica argentina: el cuerpo episcopal (1860-1960)” en. Bianchi, S. y Spinelli, E (comp), *Actores, Ideas y Proyectos Políticos en la Argentina Contemporánea*, Tandil, IEHS, 1997, p.17 a 48
- Rapalo, M.E., “Pedagogías para la Nación Católica”, ponencia presentada a *Jornadas de Cultura política y políticas culturales en la Argentina Contemporánea*, IEHS, noviembre de 2001, 20 p.
- Devoto, F, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2002, 306 p.
- Blasco, M. E., “La tradición colonial hispano-católica en Luján. El ciclo festivo del Centenario de la Revolución de Mayo”, en *Anuario del IEHS*, 17, 2002, p. 49 a 76
- Zanatta, L, *Del Estado Liberal a la nación católica*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, 416 p.
- Mallimacci, F., “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica Argentina”, en *Cristianismo y sociedad* N° 108, 1991, pp. 35 a 71.
- Gramsci, A: *Las maniobras del Vaticano*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1966, 126 p.
- Guerra, F.X., “Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos”, en *Anuario del IEHS*, 4, Tandil, 1989, p. 243 a 264.